

DIALÉCTICA DE LA PAZ

Gabriel GUTIÉRREZ PANTOJA

SUMARIO: I. *¿Más escritos y discusiones sobre la paz?* II. *Algunas de las diferentes perspectivas sobre la paz.* III. *La dialéctica de la paz.* IV. *Posibilidades de la paz.*

I. ¿MÁS ESCRITOS Y DISCUSIONES SOBRE LA PAZ?

El incremento de material diverso, producto de la actividad intelectual, se ha hecho incesante. Esto, que es una forma de expresión de las actividades del ser humano, ha llegado a constituirse, más que en una necesidad como lo era anteriormente, en una problemática; o dicho de otra manera, la producción de información ha rebasado los límites de satisfacer la necesidad de estar informado, para entrar en el problema de la sobreinformación, que la mayoría de las veces repite, en su esencia, lo mismo.

Esto lo afirmamos debido a que las distintas actividades del ser humano, tanto del pasado, como del presente y en su proyección al futuro, son objeto de escritos para discusiones o de discusiones para escritos, con lo que la proliferación del material impreso se multiplica.

Lo peculiar de esto es que lo que se discute, se acuerda y se propone, muy raramente se lleva a su realización, pero también sucede lo inverso, que muchos de los actos realizados no se plasma con su riqueza y complejidad en lo escrito.

Por lo tanto, surge la duda de colaborar en la explosión informativa, ya que si bien, en algún momento, la producción de material informativo fue un apoyo necesario para la transmisión de experiencias, en nuestro tiempo se ha convertido en un obstáculo para que el ser humano viva en su tiempo y en su entorno. Esto se debe a que en la constante búsqueda de las experiencias de los otros para entender cada uno su propia experiencia, se invierte el tiempo identificando registros para ver qué dijeron los otros que nos pueda servir. Lo cual deriva en que la acumulación de información nos condiciona a reproducirla sin adquirir autoconciencia histórica.

No obstante, aquí nos encontramos para seguir discutiendo un tema o minucia de la actividad humana; el multidefinido, archidiscutido y todavía controvertido asunto de la paz. Sobre él seguimos intercambiando ideas y escribiéndolas para dejar constancia de lo dicho en alguna forma de registro, y esto que ahora nos ocupa y nos preocupa finalmente quedará alojado en algún tipo de archivo.

Cierto es que la multidefinición y las archidiscusiones no le han disminuido su carácter controvertido al tema de la paz, por las anti-téticas percepciones que lo identifican desde sus relativas concepciones y que aspiran a ser absolutas, y con ello se han logrado muchas cosas (grandes doctrinas, brillantes razonamientos, interesantes discusiones, voluminosos tomos, etcétera, menos la paz.

Esto nos lleva a pensar los siguientes cuestionamientos: ¿lo que se ha dicho y hecho no ha servido para nada?, ¿servirá de algo que sigamos diciendo y haciendo por y para la paz sin ningún resultado? Y por consiguiente nos preguntaríamos: ¿dónde han quedado las intenciones y las acciones de los pacifistas?, ¿qué es lo que realmente han hecho?

II. ALGUNAS DE LAS DIFERENTES PERSPECTIVAS SOBRE LA PAZ

A través de la historia, múltiples voces se han manifestado a favor de la paz, de diferentes formas y en distintos ámbitos. Su objetivo ha sido enfrentar a su polo antagónico, la guerra. Es por ello que generalmente se considera a la paz como ausencia de guerra.

Esto parecería indicar que los grupos sociales que no están inmersos en un conflicto bélico disfrutaban de la paz, pero ante la simplicidad de esa idea, algunos connotados pacifistas han intentado ir más allá de la no existencia de enfrentamientos armados.

Como impulsor de esta concepción moderna de la paz se considera al filósofo de Königsberg, Emmanuel Kant. Es indispensable, para entender la idea de paz de Kant, que recordemos su labor como entusiasta promotor de su doctrina a la cual llamó "crítica".

La finalidad de su concepción de la "crítica" fue exhortar al razonamiento de tal forma que se ejerciera de conformidad con el modernismo de la época y mantuviera las conquistas logradas por el iluminismo. Su lucha contra la metafísica partió de su idea de que el razonamiento adecuado se lograría enseñando a filosofar, no mediante el aprendizaje transmitido de los principios de una filosofía hecha.

Con esa premisa se podía reproducir el sustento de su doctrina "cri-

tica". En la que la crítica significa la búsqueda insistente de la verdad en sus sentidos negativo y positivo, es decir, hacerle ver a la razón humana sus limitaciones, pero al mismo tiempo, garantizarle su acción posible y creadora.

Su doctrina crítica era una invitación imperativa; "atrévete a pensar". Pero esta invitación era un proceso: primero, decidirse a pensar por sí mismo y, luego, hacerlo con la crítica metódica y la conciencia de los límites de esa empresa.

En ello encontraba la alternativa de su época, ya que entonces no se vislumbraba ninguna posibilidad científica para suponer la vigencia de la autonomía y la libertad humanas. Kant pensaba que en la actividad humana no había ninguna autodecisión auténtica y que, por lo tanto, la libertad y la moralidad estaban amenazadas. Ante ello, el filósofo no encontró ningún otro recurso, para fundamentar científicamente la libertad y la moralidad, que dejar al sujeto que se bastara por sí mismo en su pensamiento y conciencia.

Su postura estuvo dirigida en contra de todo totalitarismo y por ende en favor de la paz. Esto se identifica en su famosa frase siguiente: "El hombre y absolutamente todo ser racional, existe como fin en sí mismo, no sólo como medio para el uso arbitrario de esta o aquella voluntad, sino que siempre debe ser considerado al mismo tiempo como fin en todas sus acciones, tanto en las que se dirigen a sí mismos como en las que se dirigen a otros seres racionales."¹

Su confianza en las potencialidades de la razón humana lo llevó a formular en 1795 su pensamiento político, orientándolo hacia la búsqueda de la paz. Para entonces ya había escrito las obras de su método trascendental y estaba en la plenitud de su madurez intelectual, ya casi al final de su vida. Había conocido las luchas por la independencia de las trece colonias inglesas que ocuparon la franja del litoral atlántico de América del Norte contra la metrópoli y la formación del Estado independiente que tomó el nombre de República de los Estados Unidos de América, y los constantes conflictos europeos.

Por ello, en su obra *Ensayo sobre la paz perpetua*, planteó la posibilidad de asociar a los Estados para proscribir las guerras, ya que la paz perpetua debía ser una línea de conducta, y para que ésta se cumpliera se requería la creación de organismos internacionales que aceptaran la dignidad y autonomía de todos los pueblos.

Entre las condiciones fundamentales para la preservación de la paz perpetua, formuló las siguientes: Que ningún Estado debía interferir

¹ Sauer, E. Friedrich, *Filósofos alemanes*, México, FCE, 1973, p. 91.

mediante la fuerza en la constitución o en el gobierno de otro Estado.

También observaba que la intromisión de potencias extranjeras en asuntos internos es una violación de los derechos de las naciones libres e independientes, las cuales deben luchar por sí mismas para resolver sus propios problemas y evitar que esto ponga en peligro la autonomía de otros Estados.

Otro punto importante era que no se debía dar validez a un tratado de paz que se haya logrado con la reserva mental de algunos planteamientos que pudieran poner en peligro la paz al entrever que se provocara en lo futuro una nueva guerra.

En el escrito era manifiesta la preocupación de Kant, por la relación que había entre la conciencia racional del individuo de pensamiento libre y capacidad reflexiva, y la razón social cargada de valores morales que le impedía a los integrantes ver más allá de sus prejuicios raciales y de su posición socioeconómica. Ante esa preocupación el autor planteó que la formación de la comunidad pacífica es, para todos los pueblos, una condición del desarrollo de la historia universal, en la que su motor es la búsqueda de la libertad.

El hacer este planteamiento a finales del siglo XVIII, fue una base para que se auspiciara la formación de los Estados-nacionales en un ambiente de paz internacional. Pero la exhortación fue asumida más allá de esa proposición, al crearse las primeras asociaciones por la paz. En 1814, año en que las tropas aliadas invadían París para dar fin a las guerras napoleónicas, se creó en Estados Unidos una de las primeras asociaciones por la paz. Dos años antes también se había iniciado la guerra de los norteamericanos contra Inglaterra, que concluyó en diciembre de ese año.

A esta primera organización le siguió otra formada en Inglaterra en 1816, que junto con la primera organizaron, en 1843, el primer congreso angloamericano por la paz en la ciudad de Londres. La iniciativa se vio opacada por las diversas guerras que se realizaban en América, Europa y el cercano Oriente.

Para 1848 se realizó, en Bruselas, un nuevo congreso en el que participaron representantes de diversos países, pero los conflictos armados no habían cesado, por el contrario, se agudizaron con los movimientos revolucionarios en algunos países europeos.

Políticos y escritores, entre los que destacan Giuseppe Garibaldi y Victor Hugo, crearon en 1867 la Liga Internacional por la Paz y la Libertad. Pero entre los postulados, producto de la efervescencia social de su tiempo, se consideraba que para establecer la paz universal había que borrar las leyes opresoras del trabajador, destruir todo los

privilegios y lograr que los ciudadanos formen parte de una sola clase trabajadora. Por ello había que hacer la guerra para lograr la paz, la cual estaría dirigida contra las tres tiranías: la política, la religiosa y la social.

Coincidiendo con esos postulados, Carlos Marx, en el *Primer Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Franco-Prusiana*, escrito en 1870, afirma que: "...Frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será la paz, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: el trabajo."²

La fe de Marx depositada en los trabajadores para cambiar las estructuras político-económicas vigentes, no logró consolidarse. Las guerras continuaron y la fuerza de trabajo contribuía a la "economía de guerra", en varias partes del mundo. La Primera Guerra Mundial dio al traste con las propuestas pacifistas. Se había encontrado la fórmula para canalizar los conflictos internos en los Estados-nacionales, hacia el exterior, y de realizar masacres masivas "en nombre de la patria".

A las grandes guerras había que anteponerle grandes soluciones pacíficas. Por ello, un considerable número de pensadores elaboró propuestas tendientes a la búsqueda de la paz y proliferaron las organizaciones, congresos y conferencias internacionales. La paz fue objeto de interés para la teología, la filosofía, la política y el derecho; asimismo los científicos de las diversas áreas del conocimiento se manifestaron por la preservación de la paz.

Entre los apologistas de la paz, destaca Alfred North Whitehead, quien decía que en las relaciones internacionales el mundo está entre fases de baja y alta tensión, las cuales se alternan periódicamente; las tensiones pueden permanecer localizadas o extenderse y, en éste segundo caso la consecuencia posible es la guerra. Ante ello, Whitehead orienta su concepción de la paz hacia la teología, indicando que el hombre está en paz cuando alcanza a identificar sus objetivos con los de la Providencia, ya que ahí se adquiere conciencia de que la paz puede mantenerse si el medio social unido al organismo humano logran las formas más altas de civilización.

La guerra, dice Whitehead, es la expresión de la irracionalidad, así como la paz, la conquista del racionalismo. En la idea del autor:

El hombre, por su propia naturaleza de animal consciente, es la única especie del reino biológico, capaz de control racional. La ra-

² Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Ed. Progreso, p. 278.

cionalidad y la irracionalidad son manifestaciones específicas de la conciencia. En forma similar, la guerra y la paz, en tanto que reflejan las alternativas del pensamiento, son empresas específicamente humanas. De este modo, la lucha entre los hombres no es tan sólo una lucha animal por la mera supervivencia... sino una batalla entre la razón y la fuerza humana.³

En la misma línea del pacifismo teológico de Whitehead se encuentra Jaques Maritain a quien se le considera paladín del neotomismo. Para este autor el problema de la paz debe entenderse en su dimensión global, pues si no se ve así, su endeble durabilidad corre el grave riesgo de la destrucción total. Por ello este filósofo expone la necesaria interconexión entre la paz mundial y el gobierno mundial.

El problema de la conflictividad lo explica Maritain en la posición del Estado contemporáneo. La atomización que existe permite que el Estado tenga su identidad como persona sobrehumana y por ende que actúe de una manera autónoma y egoísta, lo que impide una real cooperación.

Para el logro de la paz se debe tener en cuenta que las decisiones gubernamentales no lo son todo, es indispensable la participación de los pueblos. La acción de los gobiernos al margen de la de los pueblos es como pensar en un cerebro mundial sin un cuerpo mundial.

Por ello, Maritain piensa que para el futuro de la humanidad se requiere la formación de una sociedad política mundial, en la que las naciones-Estados (pueblos y gobiernos) deban evitar seguir manteniendo su idea de soberanía total en los asuntos internacionales, y someterlas a la comunidad internacional, que deberá ver la necesidad común de sobrevivencia y establecer las obligaciones jurídicas y morales de cada nación ante la comunidad internacional políticamente organizada.

La base de la organización de esa comunidad internacional sería una elite intelectual cuya finalidad es constituirse en "...una especie de consejo mundial cuya función sería solamente una función de sabiduría ética y política. ...autoridades en ciencias morales y jurídicas" que "perderían su ciudadanía nacional y se les conferiría ciudadanía mundial."⁴ Con ello, su imparcialidad sería incuestionable y la paz se conquistaría combinando la persuasión moral y racional.

Los planteamientos de Maritain encuentran coincidencia con los del

³ Horowitz, Irving Louis, *La idea de la guerra y la paz en la filosofía contemporánea*, Buenos Aires, Argentina, Ed. Galatea-Nueva Visión, 1960, p. 53.

⁴ *Idem*, p. 78.

filósofo norteamericano de origen español, George Santayana. Para este autor, la ley que rige al ser humano es la razón. Ello porque "La Razón es una función humana... como tal representa, o más bien constituye, un solo interés formal: el interés de la armonía."⁵

Según Santayana, la razón permite trascender la cruda existencia material y adquirir conciencia para formar ideales. Dichos ideales son resultado de la contemplación mediante la cual se descubre el equilibrio armonioso de la naturaleza.

Cuando se descubre la armonía se puede entender que ésta permea todos los ámbitos de la realidad, incluso al individuo y a la sociedad. Si bien la armonía así vista no es eminentemente un producto natural que se encuentre tanto en el individuo como en la sociedad, sí se puede alcanzar mediante la razón.

Mediada por la razón, la armonía interna del individuo y la armonía colectiva de la sociedad forman la unidad que puede sentar los fundamentos de una paz duradera. Por lo tanto, la paz sólo puede ser concebida si está la premisa de la razón, lo razonable y lo pacífico están completamente identificados y con una unión inextricable.

Ahora bien, para que haya una paz estable, en este mundo conflictivo, la razón debe estar unilínealmente orientada y esto se logrará si hay una elite aristocrática que ejerza el control. Según Santayana, la historia ha demostrado que la paz se preserva más cuando se domina a través de la conquista; la *pax romana* es ejemplo de ello, y si en nuestro tiempo la soberanía nacional es una amenaza para la paz universal, deberá ser sojuzgada dondequiera que trate de expresarse. Si se busca realmente la paz debe aceptarse una aristocracia imperialista entre las naciones para hacer prevalecer el mantenimiento de la paz en general sobre los intereses particulares. Por la paz se debe sacrificar un poco de libertad a cambio de la armonía.⁶

Otro de los grandes apologistas de la paz fue Mohandas Karamchad Gandhi, descollante discípulo del escritor ruso del siglo XIX, promotor del pacifismo como filosofía social de la civilización contemporánea, León Tolstoi.

Al igual que Santayana, Gandhi considera que la paz está en la integración de la armonía. Pero la armonía, centro de confluencia de las diversidades de la naturaleza, sólo es posible si el ser humano tiene como principio la búsqueda de la verdad. Ahora, la verdad no está al exterior del ser humano sino en su interior.

La interioridad humana es para Gandhi el imperativo moral que

⁵ *Idem*, p. 82.

⁶ *Idem*, p. 90.

debe regir todas las acciones. Los hombres no renuncian al conflicto ni a las ventajas materiales, pero deberían hacerlo, pues el camino hacia la paz en todos los niveles de la relación humana implica el rechazar el utilitarismo en favor del altruismo.

La práctica del altruismo no puede ser impuesta, sino el ejercicio de la libre voluntad para alejarse del modo competitivo y egoísta de la vida. Con esta práctica se adquiere la capacidad de actuar libremente con independencia frente a los factores causales y se puede elevar al hombre hasta la práctica de un estoicismo purificado.

El altruismo es político y religioso, físico y moral. Es una condición de superar lo benéfico inmediato y buscar lo trascendente humano. En palabras de Gandhi: "Quien aspire a la pureza perfecta deberá tener totalmente libres de pasiones el pensamiento, la palabra y la acción; deberá elevarse por encima de las corrientes antagónicas de amor y de odio, de atracción y rechazo."⁷

Como hombre de su tiempo, tiene su particular idea sobre el Estado, el cual tiene tres funciones básicas: como organización y mecanismo para la distribución de bienes y servicios, como mediador para resolver los conflictos entre sus integrantes, y como instrumento para salvaguardar el "interés nacional" en un mundo donde los "intereses nacionales" competitivos además de cooperar entran en conflicto. Esas funciones se encuentran corrompidas por su misma naturaleza, lo cual obliga que al plano social se proyecten las proposiciones para el individuo.

Así como el individuo debe trascender su egolatría mediante el altruismo, el Estado debe superar su naturaleza violenta aboliéndose a sí mismo, y promoviendo en su sustitución el establecimiento de una federación mundial, resultado de un acuerdo mutuo entre naciones en pie de igualdad que haga posible el Estado mundial.

En el fondo de la propuesta de Gandhi se percibe que mientras existan los Estados-nacionales con soberanía propia, no se podrá resolver la diferencia entre egoísmo y altruismo, entre fuerza y armonía.

Bertrand Russell encuentra también que la paz es armonía, pero ésta es resultado de un proceso cuyo inicio, o punto de partida, es el conflicto mismo. El ser humano y la naturaleza, según Russell, están en un conflicto el cual se hace armonioso en cuanto el hombre aprende los secretos de la naturaleza. También el conflicto de los humanos entre sí es natural e inevitable, especialmente cuando no hay posibilidad de una adecuada provisión de alimentos para todos. Cuando esto

⁷ *Idem*, p. 110.

se supere, la aspiración a la armonía permitirá buscar maneras para unificar política y económicamente al mundo.

Pero la paz universal sólo se podrá asegurar cuando el hombre haya logrado la armonía consigo mismo. Por lo tanto, la paz mundial dependerá de que se regeneren las actitudes y creencias individuales.

El Estado ha limitado el poder de decisión del individuo en todas sus actividades, pues se apodera de la propiedad y de los ahorros particulares, determina la vida de los individuos al establecer las condiciones de matrimonio que pueden ser consideradas como legales, puede mandarlo a la guerra o sentenciarlo a muerte.

El establecimiento individual de los lazos internacionales, cede su lugar a los objetivos del Estado quien adquiere la soberanía absoluta. Esa posición propicia que sea un factor causal de conflicto. Ante esas condiciones, Russell presenta la alternativa de un gobierno mundial, pues sólo una organización supranacional podría evitar la guerra del hombre contra el hombre.

Si bien la idea de un Estado mundial fue en Russell una idea prematura, esto se debió a que ante los conflictos constantes buscaba una instancia superior que regulara los actos de los gobiernos ostentantes de la soberanía autónoma. Posteriormente, al ver la dificultad de ese proyecto, enarbó la idea de sustituir el aniquilamiento recíproco por el entendimiento recíproco. La esperanza de la paz quedaba así fundada en la razón.

Otro de los grandes pacifistas de nuestro tiempo lo fue el científico y humanista Albert Einstein. Compartió la militancia pacifista de Tolstoi y Gandhi, al criticar el uso de la ciencia con fines bélicos. Sus objetivos humanistas se centraron particularmente en la lucha por las alternativas pacíficas contra la masacre que causaban los productos científicos, pues la paz era para él la más alta expresión de los valores humanos.

La tarea de Einstein por la paz fue implacable, si bien hay muchos ejemplos de ello, destaca su célebre participación en la Comisión de Cooperación Intelectual fundada por la Liga de las Naciones. Cuando fue invitado dijo que esa comisión debería ser absolutamente internacional y completamente ajena a toda tendencia política, pero su deseo no fue cumplido, por lo que posteriormente presentó su renuncia al mismo.

En su escrito de despedida criticó el esquema burocrático y emuló la militancia pacifista. Entre algunas de sus ideas dijo:

Mi decisión de no volver a Ginebra se basa en el hecho de que la

experiencia me ha enseñado, desgraciadamente, que la comisión, con su forma de proceder, no encarna seriamente la voluntad de lograr progresos palpables en los problemas de saneamiento de las relaciones internacionales. Mucho más, veo en la misma la personificación de la máxima *ut aliquid fieri videator* (para que parezca que se ha hecho algo). En este sentido, la comisión hasta me parece peor que la Liga de las Naciones.

Considero necesario abandonar la comisión, precisamente porque yo obraría en el sentido de crear un organismo elevado, superior a los Estados, de carácter internacional, provisto de poderes de arbitraje y ampliamente regulador, y porque éste objetivo se haya muy arraigado en mi corazón.⁸

Después de establecer el criterio de su concepción de la ética, se refiere a la paz de la siguiente manera: "El pacifismo que no combata activamente las tendencias armamentistas de los Estados es y permanecerá impotente... Que despierte a la vida la conciencia y el sano sentido común de los pueblos, logrando hacernos subir un nuevo peldaño en la vida, desde el cual la guerra parezca un incoercible extravío de los antepasados."⁹

Para preservar la paz, Einstein era partidario de la idea de la formación de un federalismo mundial. En favor de la armonía internacional, Einstein dijo: "Abogo en favor del federalismo mundial porque estoy convencido de que no hay otra forma posible de eliminar el peligro más terrible en que se haya encontrado jamás el hombre. El objetivo de evitar la destrucción total debe tener prioridad sobre cualquier otro."¹⁰

Además de expresar sus opiniones, Einstein buscó estrategias y alternativas para luchar por la paz. Entre ellas, invitó a varios intelectuales a pronunciarse en favor de la paz. Sigmund Freud fue uno de ellos, quien recibió una carta de Einstein fechada el 30 de julio de 1932.

En su epístola responsiva, Freud le decía a Einstein que:

Cuando me enteré que usted se proponía invitarme a cambiar ideas sobre un tema que ocupaba su interés y que también le parecía ser digno del ajeno, manifesté complacido mi aprobación. Sin embargo, esperaba que usted eligiera un problema próximo a los límites de nuestro actual conocimiento, un problema ante el que cada uno de

⁸ Einstein, Albert, *Política y pacifismo*, Buenos Aires, Ed. Siglo XX, p. 28.

⁹ *Idem*, p. 50.

¹⁰ Horowitz, I.L., *op. cit.* nota 3, p. 181.

nosotros, el físico como el psicólogo, pudiera labrarse un acceso especial, de modo que, acudiendo de distintas procedencias, se encontrasen en un mismo terreno. En tal expectativa, me sorprendió su pregunta: ¿Qué podría hacerse para evitar a los hombres el destino de la guerra? Al principio quedé asustado bajo la impresión de mi —casi hubiera dicho: “de nuestra”— incompetencia, pues aquella parecíame una tarea práctica que corresponde a los hombres de Estado. Pero luego comprendí que usted no planteaba la pregunta en tanto que investigador de la naturaleza y físico, sino como amigo de la humanidad.¹¹

Tomando el contenido de su materia de estudio, Freud expone que:

..había de bosquejar cómo se presenta a la consideración psicológica el problema de prevenir las guerras. . . en principio, los conflictos de intereses entre los hombres, son solucionados mediante el recurso a la fuerza. Así sucede en todo el reino animal, del cual el hombre no habría de excluirse, pero en el caso de éste se agregan también conflictos de opiniones que alcanzan hasta las mayores alturas de la abstracción. . . domina el mayor poderío, la fuerza bruta o intelectualmente fundada.

Ante esa observación de la realidad, Freud propone que:

Sólo es posible impedir con seguridad las guerras si los hombres se ponen de acuerdo en establecer un poder central, al cual se le conferiría la solución de todos los conflictos de intereses. Esta formulación involucra, sin duda, dos condiciones: la de que sea creada semejante instancia superior, y la de que se les confiera un poderío suficiente. Cualquiera de las dos, por sí sola, no bastaría. Ahora bien: la Liga de las Naciones fue proyectada como una instancia de esta especie, pero no se realizó la segunda condición: no posee poderío autónomo, y únicamente lo obtendría si los miembros de la nueva unidad, los distintos Estados, se la confiriesen.¹²

Pero viendo que esta ha sido idea de diversos pacifistas y que no ha prosperado, considera que debe tomarse otra perspectiva de análisis.

Esta otra perspectiva la desprende de su trabajo psicoanalítico, y en respuesta a Einstein dice:

Usted expresa su asombro por el hecho de que sea tan fácil entu-

¹¹ Freud, Sigmund, “El por qué de la guerra”, *Obras Completas*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1981, pp. 3207-3208.

¹² *Idem*, p. 3210.

siasmar a los hombres para la guerra, y sospecha que algo, un instinto de odio y de la destrucción, obra en ellos facilitando ese enardecimiento. Una vez más, no puedo sino compartir sin restricciones su opinión. Nosotros creemos en la existencia de semejante instinto, y precisamente durante los últimos años, hemos tratado de estudiar sus manifestaciones. Permítame usted que exponga por ello una parte de la teoría de los instintos a la que hemos llegado en el psicoanálisis después de muchos tanteos y vacilaciones. Nosotros aceptamos que los instintos de los hombres no pertenecen más que a dos categorías: o bien son aquellos que tienden a conservar a unir —los denominamos “eróticos”, completamente en el sentido del Eros del Symposion platónico, o “sexuales”, ampliando deliberadamente el concepto popular de la sexualidad—, o bien son los instintos que tienden a destruir y a matar: los comprendemos en los términos “instintos de agresión” o “de destrucción”. Como usted advierte, no se trata más que de una transfiguración teórica de la antítesis entre el amor y el odio, universalmente conocida y quizá relacionada primordialmente con aquella otra, entre atracción y repulsión, que desempeña un papel tan importante en el terreno de su ciencia. . . quisiera detenerme un instante más en nuestro instinto de destrucción, cuya popularidad de ningún modo corre pareja con su importancia. Sucede que mediante cierto despliegue de especulación hemos llegado a concebir que éste instinto obra en todo ser viviente, ocasionando la tendencia de llevarlo a su desintegración, de reducir la vida al estado de la materia inanimada. Merece, pues, en todo sentido la designación de instinto de muerte, mientras que los instintos eróticos representan tales tendencias hacia la vida.¹³

Realizados esos planteamientos, expone su forma de ver el problema y dice:

¿Por qué nos indignamos tanto contra la guerra, usted, y yo, y tantos otros? ¿Por qué no la aceptamos como una más entre las muchas dolorosas miserias de la vida? Parece natural; biológicamente bien fundada; prácticamente inevitable. . . La respuesta será que todo hombre tiene derecho a su propia vida; que la guerra destruye vidas humanas llenas de esperanzas; coloca al individuo en situaciones denigrantes; lo obliga a matar a otros, cosa que no quiere hacer; destruye costosos valores materiales, productos del trabajo humano, y mucho más. . . creo que la causa principal por la que nos alzamos contra la guerra es la de que no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque por razones orgánicas debemos serlo. Entonces nos resulta fácil fundar nuestra posición sobre argumentos intelect-

¹³ *Idem*, pp. 3211-3212.

tuales. . . ¿Cuánto deberemos esperar hasta que también los demás se tornen pacifistas? Es difícil decirlo, pero quizá no sea una esperanza utópica la de que la influencia de que estos dos factores —la actitud cultural y el fundado temor a las consecuencias de la guerra futura— pongan fin a los conflictos bélicos en el curso de un plazo limitado.¹⁴

Los esfuerzos de todos los pacifistas en los diversos momentos de la historia se vieron frustrados por las guerras consecutivas; algunas locales, otras identificadas como “mundiales”, pero que con mucha o poca difusión, con diversas formas de repercusión, seguían reproduciendo la secular y funesta obra humana: la mutua destrucción.

Aunado a los planteamientos de armonía y racionalidad social para el logro de la paz se promovieron corrientes, especialmente en los años cincuenta, de un activismo pacifista. Si bien desde el *Ensayo sobre la paz perpetua* de Kant hasta las coincidencias de Einstein y Freud, se cultivó la idea de que el respeto a las normas internacionales de convivencia era la base fundamental de la paz, la realidad demostraba que los intereses se imponían sobre las normas. Por ello, el pacifismo se hizo militante.

Uno de los promotores de este pacifismo militante fue A.J. Muste, para quien la paz no implica únicamente la ausencia de conflictos bélicos, sino la concordia en todos los ámbitos de las sociedades, la cual generalmente se disimula. Esto se debe, según su idea, a que:

Hay en nosotros una cierta indolencia, un deseo de no ser conturbados, que nos induce a pensar que cuando las cosas están tranquilas todo va bien. Tendemos subconscientemente a conceder la preferencia a la “paz social”, aunque se trate sólo de una paz aparente, porque entonces nuestras vidas y lo que poseemos parecen estar a salvo. En realidad, los seres humanos prestan su consenso con demasiada facilidad en malas condiciones; se revelan demasiado poco y demasiado raramente.¹⁵

Los planteamientos de A.J. Muste eran un indicador de que los pacifistas estaban comenzando a exasperarse; de que no podían seguir pensando en la paz como un ideal, que ésta tenía que ser asumida como ideología. El pacifismo debía dejar de ser pasivo ante la violencia persistente. El pacifismo pasivista debía pasar a ser monumento

¹⁴ *Idem*, pp. 3214-3215.

¹⁵ Chomsky, Noam, *La responsabilidad de los intelectuales*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 158-159.

histórico, un importante monumento pero finalmente recuerdo de la historia.

El pacifismo se tornó en activo, militante, revolucionario. El mismo A. J. Muste observaba que: "En un mundo construido sobre la violencia, se tiene que ser revolucionario antes de que se pueda ser pacifista".¹⁶ Y señalaba cual era la misión del pacifista revolucionario:

Quienes puedan decidirse a renunciar a la riqueza, a la posición social y al poder, maldiciendo un sistema social basado en la violencia y que estimula la rapacidad individual, y a identificarse de una manera real con la lucha de las masas hacia la luz, puede contribuir en cierta medida —más sin duda, con su vida que con palabras— a descubrir un camino mejor, una técnica de progreso social menos cruda, brutal, costosa y lenta que la recorrida ya por la humanidad.¹⁷

La década de los cincuentas fue receptora de las múltiples expresiones del pacifismo militante, especialmente en los países industrializados. En ellas se impugnaba el fomento de guerras locales (Corea y Viet-Nam), la carrera armamentista, el establecimiento de misiles balísticos, la instalación de plantas nucleares, etcétera.

Recientemente concluyó, con la serie de implicaciones conocidas, la actividad de un grupo más de pacifistas revolucionarios: la marcha por la paz en Centroamérica. Su autodeterminación fue lo de "guerrilleros de la paz", que pretendía indicar que la paz se logra con acciones.

Asimismo, la proliferación de organizaciones tanto nacionales como internacionales que promulgan la paz ha sido incesante. Desde la misma Organización de las Naciones Unidas hasta los comités, movimientos, organizaciones y grupos locales y regionales.

Aquí se incluyen diversas instituciones como la Asociación Internacional de los Estudios de la Paz, de Oslo; la Asociación Internacional de Maestros pro la Paz Mundial; el Centro Mundial de la Paz por el Derecho, de Ginebra; el Comité Internacional de la Academia de la Paz, con sede en Nueva York; la Conferencia Cristiana de la Paz, con sede en Praga; la Conferencia Mundial de Religiones por la Paz, con sede en Nueva York; el Instituto de Estocolmo de Estudio de la Paz; la Unión Internacional de Sociedades de la Paz; la Asociación Mundial de Escuelas-Instrumento de Paz, con sede en Ginebra; etcétera.

Se han buscado otros estímulos en favor de la paz, como el premio

¹⁶ *Idem*, p. 160.

¹⁷ *Idem*, p. 159.

que otorga la fundación Nobel y el Premio Internacional Lenin por la paz, así como el Premio Martín Luther King, de la paz. Y otras alternativas como coaliciones intergubernamentales por la paz, el Grupo Contadora es ejemplo de ello.

Muchos han sido los proyectos, muchas las propuestas, muchos los estímulos y muchas las acciones por la paz. Pero la duda sigue flotando, ¿de que han servido?, ¿dónde han quedado los proyectos, las propuestas, las acciones, los estímulos, las grandes ideas de grandes pensadores?

Los conflictos siguen reproduciéndose, a nivel nacional e internacional, entre pueblos y gobiernos, entre sectas religiosas, con o sin injerencia de países industrializados, con o sin armamentos desarrollados. El conflicto es el hacer cotidiano en este nuestro mundo. Ante eso, ¿debemos seguir organizando coloquios y conferencias, marchas y protestas, eruditos manifiestos y celebraciones por la paz?

Sí es la respuesta, tenemos la convicción de que todo ello puede y debe seguirse haciendo, pero no sólo eso; por lo antes expuesto creo que debemos empezar a olvidar los grandes proyectos de paz perpetua, la idea de que se debe lograr la paz en el mundo. La misma condición humana lo impidió, lo impide y lo impedirá. Por ello creemos que el principio de todas nuestras acciones e intenciones debe partir de la premisa de que el trabajo por la paz es infinito, inagotable, y de que la paz perpetua deben ser sustituidas por la conciencia de la dialéctica de la paz.

III. LA DIALÉCTICA DE LA PAZ

Hablar de dialéctica de la paz implica la conciencia de que la paz no es estable, estática, permanente; implica aceptar la idea de Freud de que la conflictividad humana es una más de entre las muchas dolorosas miserias de la vida.

Recordemos que la concepción moderna de dialéctica fue impulsada por Hegel, para quien hombre y naturaleza, espíritu y concepto, encuentran su realidad y, por ende, su verdad, no en la identidad, sino en la oposición y aun en la contradicción. El mundo es una totalidad en contradicción en la que no se puede partir de la materia para obtener de ella la conciencia, ni viceversa, de la mera conciencia de sí para obtener la materia. Conciencia y materia se pueden vincular como una totalidad en la que lo real es racional y lo racional es real.

Así entendida, la identidad del sujeto y del objeto debe establecerse de tal forma que cada uno pueda llegar a ella. Hay que identificar

que está en la naturaleza de lo subjetivo el transformarse en objetivo y que es propio de lo objetivo transformarse en subjetivo. Esta identidad no está en el inicio, sino que se logra a través del proceso de interacción para que sujeto y objeto lleguen a ese fin.

Para el sujeto la dialéctica es conciencia de que la naturaleza y la historia no pueden reducirse a un modelo único e inmutable. La naturaleza cambia y el mundo tiene una historia; por ello la dialéctica es inherente al objeto.

Partiendo de este supuesto, la paz, como objeto, es cambiante; por ello, la paz, como concepción del sujeto, también debe ser cambiante para ir en pos de la identidad. Pero, ¿qué se entiende por paz para saber si se puede lograr esa identidad?

El concepto de "paz" tiene su origen en la expresión latina *pax* o *pacem*, que manifiesta la idea de un estado de tranquilidad y sosiego. Por lo tanto, la paz es un estado de conciencia, una actitud, una forma de comportamiento humano. Pero por ser sólo una forma de comportamiento, entendemos que hay otras y que por la misma condición humana ese estado de tranquilidad y sosiego en algún momento desaparecerá.

Como se ha enunciado, el polo antagónico de la paz es la guerra o el conflicto, y ante la condición estable y tranquila del individuo se presenta, en otro momento, la agresividad. Si la socialización de la paz es la manifestación fraternal, amorosa y compartidamente racional del individuo; la socialización del conflicto es la pugna, la lucha, el odio, la razón individual.

La paz y la ausencia de ella son momentos del individuo, del proceso de transformación, de su dialéctica inherente. A ese movimiento contradictorio debemos adecuar nuestro entendimiento, nuestra concepción de que el cambio vendrá y habrá que presentar alternativas ante el otro momento.

A partir de esto podemos afirmar que la paz es dialéctica, es y no es, en el individuo y en la sociedad; y como tal hay que entenderla, enfrentarla y comprometernos a su constante búsqueda.

No puede haber más caminos que los hasta ahora recorridos, la única diferencia es que hay que adquirir conciencia que el trabajo es un trabajo interminable, que lo hecho en un momento es exclusivamente para ese momento, y no para otro, ya que para el otro tendremos que hacer un nuevo trabajo, tal vez con el mismo sujeto, tal vez con la misma sociedad. Lo transmitido y entendido en un momento no permanece para el futuro, por ello no se debe cejar en la acción y las ideas por y para la paz.

Por ello reiteramos, lo que históricamente se ha afirmado, la búsqueda de la paz es consecuente con la búsqueda de la razón social; y ello implica la formación de una conciencia de la paz, la solidificación y expansión de la educación para la paz y la necesaria y diversificada praxis por la paz. ¿Qué entendemos por cada una de esas implicaciones? Históricamente, la semántica de los conceptos se va modificando y varía o se pierde el sentido original que tenían. Por ello, los conceptos conciencia, educación y praxis tienen tantos significados como gentes han intentado dárselos.

En nuestro tiempo, los significados de esos conceptos varían de conformidad con los planteamientos de algunos grandes pensadores, planteamientos que generalmente se toman y se reproducen para justificar las argumentaciones. Y lo que especialmente se hace es trasladar ahistórica y acriticamente los conceptos y evitar el autoejercicio de nuestra razón histórica-social.

Ante esas observaciones, hemos considerado que se deben tomar en todo momento los conceptos en su significado originario, para tener una base comunicativa que permita en los diversos momentos a los distintos grupos sociales darles el significado que se requiera y evitarse las bizantinas discusiones sobre las múltiples interpretaciones de lo que "dijeron" o "quisieron decir" los pensadores que no pueden participar en esa interacción comunicativa.

Hecha esta aclaración, expondremos lo que entendemos por una conciencia de la paz. El término conciencia, proviene de la expresión latina compuesta *conscientia*, cuyas partes integrantes son la preposición latina con (*cum*) que indica el medio o la manera de hacer una cosa y ciencia (*scientia*) que da a entender el conocimiento exacto y razonando de las cosas.

Conciencia de la paz es, por lo tanto, la manera de tener o adquirir el conocimiento exacto y razonado del estado de tranquilidad y sosiego en el ser humano.

Esta deberá tener un principio en todo ser humano; la autoidentificación de los estados de tranquilidad y sosiego y el proceso paulatino o rápido a los estados de pugna y agresividad. Con esta autoidentificación cada uno sabrá cuales son los continuos procesos entre el mantenimiento y la pérdida de la paz propia.

Sin embargo, esto es únicamente la dialéctica de la paz individual. Pero, diremos una verdad de perogrullo, el individuo no está aislado, es un ente social. Como ser social, especialmente en nuestro tiempo, el individuo no se forma su conciencia por sí mismo, se ha diluido la capacidad de autoidentificación y de autoreflexión; es la conciencia

social la que le forma conciencia de sí mismo. Y nuestra conciencia social es individualista, ególatra, mística. Conciencia que impide ver a los demás a través de sí mismo, como ser humano, y hace verlos a partir de su conciencia individual socialmente adquirida, en la que en vez de comprensión hay opinión prejuiciada.

Por ello la conciencia de la paz es una conciencia que lleva a la determinación de que el individuo tiene que autoconocerse, como ser humano y autocriticarse como tal, para que se identifiquen sus alcances y límites, su ser individual y su ser social.

La adquisición de la conciencia de la paz, por sí mismos, la pueden lograr muy pocos. Ante ello se hace necesario que quienes la adquieran, asuman el compromiso de colaborar con aquellos que tienen una mayor dificultad para lograrla, que asuman el compromiso de la educación para la paz.

¿Qué entendemos por ello? Educar, proviene del verbo transitivo *educare*, que significa dirigir, enseñar. La educación para la paz es, por lo tanto, la dirección y la enseñanza de quienes tienen conciencia de la paz, a quienes no la tienen para que adquieran el conocimiento exacto y razonado del estado de tranquilidad y sosiego en el ser humano.

En la educación pasamos de la autoadquisición de conciencia, de la formación intrasubjetiva, a la actividad intersubjetiva en la que, quienes han adquirido la conciencia de la paz, tendrán que buscar y aprovechar todos los momentos, todos los foros, todas las posibilidades para promover la generación de esa conciencia en aquellos que no la tengan.

La educación para la paz así entendida, no puede ser una actividad eminentemente académica, una actividad que sólo se reproduzca en el sistema escolarizado de la educación. Una conferencia, un coloquio, un seminario o inclusive un curso, no bastan. La educación para la paz tiene que ser una actividad constante, que parta de la premisa de que todo proceso educativo realizado es siempre insuficiente; que la dirección y enseñanza pueden haber dado frutos en un momento, pero que éstos no son eternos, y por ello se debe insistir constantemente.

Esta dirección y enseñanza deben solidificarse mediante la insistencia para que se formen las conciencias de la paz. Y deben expandirse para intentar tener cada vez más adeptos al proceso pacificador. Pero solidificación y expansión no son procesos mecánicos; no siguen una linealidad progresiva y acumulativa. Son procesos dialécticos, en los que se avanza y retrocede, en los que nuestra creencia puede no coincidir con la realidad o la realidad con nuestra creencia, en los que

acción y resultado pueden no ser coincidentes, y habrá que realizar nuevas acciones para obtener nuevos resultados en nuestro infinito proceso de búsqueda.

Así entendida, la educación para la paz nos lleva ineludiblemente a la praxis por la paz. El concepto de praxis se desprende del vocablo griego homónimo *praxis*, que significa la acción de llevar a cabo algo. Así, simplemente entendido, se podría pensar que con lo anteriormente descrito la educación para la paz sería una praxis por la paz. Y estaríamos de acuerdo si se acepta que la educación es sólo un momento, una parcela, una ínfima parte del todo complejo que constituye la relación de las sociedades en el mundo.

Por ello, el concepto de praxis por la paz implica la acción de llevar a cabo la conciencia y la educación de y para la paz respectivamente. Pero además implica la determinación de insistir cotidianamente en la regulación y transformación de las actitudes agresivas del ser social.

Reiteramos, la praxis por la paz implica la determinación de insistir cotidianamente en la regulación y transformación de las actitudes agresivas, no en su eliminación. No creemos que éstas puedan eliminarse sino regularse y transformarse.

Por regulación entendemos el que las actitudes agresivas se canalicen mediante la manifestación coincidente de los intereses humanos, en otras palabras, la agresividad que se identifica como pulsión inherente a la condición humana, se regulará cuando exista coincidencia entre sujetos emisores de agresividad y receptores de la misma, ya que esa coincidencia será preludeo de placer.

Por transformación entendemos, el pasar de esa situación ideal de regulación a un cambio radical de concepciones y actitudes con la finalidad de que las pulsiones agresivas no se descarguen sobre el ser humano sino sobre la naturaleza, en perfecta interacción con ella, para no destruirla sino adecuarla a la satisfacción de las necesidades históricas de la humanidad.

En síntesis, la praxis por la paz es la búsqueda racional de fines sociales que en nuestro tiempo no se han podido precisar, ya que la idea de fines sociales está basada en perspectivas individuales y/o de grupos de elite que se sustentan en su razón y en su interés. Por lo tanto, la praxis por la paz es la praxis por la razón y la razón no es individual o de sectores, es social y se forma dialécticamente con la participación voluntaria de la sociedad.

Si conjuntamos la conciencia de la paz, la educación para la paz y la praxis por la paz, tendremos las premisas de la dialéctica de la paz, que se niegan y se superan en sí y entre sí, y que no plantean

expectativas de soluciones absolutas, pero sí de aspiraciones racionales por la paz.

IV. POSIBILIDADES DE LA PAZ

Al iniciar nuestra exposición decíamos que los escritos, definiciones y discusiones sobre el tema de la paz han colaborado a la voluminosa y ya inaprehensible explosión de la información. Asimismo cuestionábamos el aprovechamiento de los esfuerzos que sobre la paz han hecho célebres pensadores, distinguidas instituciones y anónimos militantes de las organizaciones pacifistas populares, pues lo dicho, escrito y hecho no ha logrado la paz.

Basados en esos registros de la historia, planteamos que el logro de la paz permanente se presenta como imposible por la naturaleza misma del ser humano. Ante ello propusimos que se enfrente la conflictividad con la conciencia de que los logros siempre serán relativos.

Si se acepta esta propuesta sabremos que la tarea que espera a los pacifistas es inagotable, porque la paz no es sólo para las relaciones internacionales, es también para los grupos sociales de las diversas localidades del mundo y para los individuos. Ante ese impresionante e inmenso panorama los pacifistas tienen que abandonar el pasivismo e incorporarse a la militancia.

Todo coloquio, congreso, seminario y actividad académica en general sobre la paz, toda organización y tipología de la información sobre la paz, toda celebración nacional y/o internacional de la paz serán limitados, tal vez estériles, si no conllevan el enfrentamiento a las actitudes bélicas con la perspectiva de la dialéctica de la paz.

Dialéctica que será procedente cuando el pacifismo sea militante y, por ende, revolucionario. Las posibilidades de la paz se ven por ahora remotas, pues son demasiado limitadas la conciencia de la paz, la educación para la paz y la praxis por la paz. Esto significa que a muchos no les interesa que haya conflictos mientras no les afecten.

Si realmente aspiramos a lograr la paz, a hacerla posible, colaboraremos a construir el futuro en el presente; dejemos de describir el pasado, pues además de que es pasado, si no lo vivimos no podemos comprender y si remotamente lo comprendemos no lo podemos sentir.

Tenemos que aprender a vivir la vida a partir de la vida misma, anteponiendo la razón social a la individual. Tenemos que aprender a buscar la paz por la paz misma y no frente al conflicto. Si no adoptamos esta actitud, si no tenemos esta perspectiva militante y revolucionaria, las posibilidades de la paz serán similares a las logradas hasta ahora.